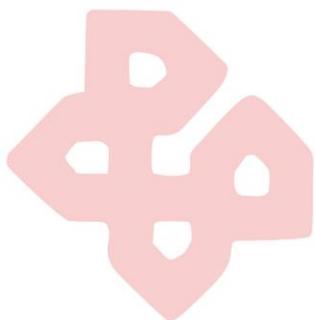


**VOL. 23, N° 4 (Octubre-Diciembre, 2019)**  
ISSN 1138-414X, ISSNe 1989-6395  
Fecha de recepción: 29/06/2019  
Fecha de aceptación: 27/09/2019

## RECENSIONES

### Reviews



**Larrosa, J. (2019) Esperando no se sabe qué. Sobre el oficio del Profesor. Barcelona: Candaya. ISBN 978-84-159-3465-3**

En su nuevo libro “Esperando no se sabe qué. Sobre el oficio del Profesor”, Jorge Larrosa prosigue con su larga colección de títulos de corte eminentemente ensayístico con las viene realizando una clave y singular aportación al desarrollo del pensamiento pedagógico contemporáneo.

La obra parte de una inquietud fundamental: repensar los elementos constitutivos de la escuela y el mismo oficio del profesor, con el objeto de hallar caminos para “abrir agujeros dentro de la escuela en lo que podamos apartarnos de las lógicas económicas, sociales y políticas que las capturan y la subordinan casi completamente” (p. 145) Larrosa critica las corrientes pedagógicas contemporáneas predominantes que asumen como premisa incontestable la concepción expandida de la escuela, la necesaria disolución de sus muros para dar auténtica respuesta a las

necesidades del mundo contemporáneo, en constante proceso de complejización y cambio. Crítica, así, los discursos de innovación, que se arrogan el derecho de ser los auténticos realistas, y que el autor piensa vacíos, asentados en conceptos blandos. Considera que estas perspectivas abocan a una completa subordinación de la escuela a las lógicas económicas, políticas y sociales. Esta disolución de los muros, esta aclamada “educación para la vida” genera una confluencia de los fines de la escuela con los fines de lo que otrora fue la fábrica, y hoy en día podríamos denominar el mercado de trabajo. Larrosa considera que la escuela ha de ser un dispositivo distinto, un enclave alejado de sistemas sociales como la familia o el mercado de trabajo, que cree un espacio de libertad y de liberación del tiempo, el espacio y las cosas que logre la conversión de los individuos en estudiantes preocupados por las cosas del mundo, y no en sujetos narcisistas derrumbados sobre sí mismos.

El autor, tras la presentación de un prólogo donde resume sus principales puntos de partida, presenta las tres partes que estructuran la obra, abiertas todas ellas con evocadoras citas del escritor austríaco Peter Handke. La parte primera, por título “Elogios y elegías”, está subdividida en cinco capítulos donde el autor va desarrollando las ideas centrales. En la parte segunda “Incidencias y coincidencias”, Larrosa expone una nutrida gama de reflexiones sobre las temáticas ya abordadas en la primera parte, profundizando en determinados aspectos a la luz de su trayectoria profesional durante el año 2017. Construye un relato polifónico donde aúna intervenciones propias en conferencias, relatos de conversaciones con colegas de profesión, con estudiantes, que puedan aportar pinceladas sobre la naturaleza del oficio del profesor, sin ánimo de aportar, en ningún caso, una definición cerrada o una receta. La última parte del libro recibe por nombre “Epílogo. El hueco que deja el diablo”. En ella el autor comparte el relato de una escuela que existió durante un breve periodo de tiempo en Auschwitz. Así, toma el hecho como punto de partida para generar una reflexión final sobre la potencialidad de la escuela para generar un refugio, un lugar aparte, un tiempo *otro* (que confiera, en este contexto, apenas una pequeña luz, una breve esperanza), tema recurrente y largamente tratado a lo largo de toda la obra.

Larrosa nos habla de la recuperación de una idea de escuela como espacio separado de la vida productiva, tomando como referente primordial la *scholè* clásica de la Grecia antigua. Etimológicamente, *scholè* significa “ocio”, frente al “negocio”. Nos ofrece una evocadora analogía entre el sabbath y la *scholè*, tomada de Vilém Flusser, que conecta los dos fenómenos en tanto espacios donde la separación constituye un momento fundamental. Va transitando por distintos autores y autoras (Arendt, Rancière, Foucault, Flusser, Simons) que hablan de la necesidad de que la escuela se erija como un espacio *otro*, un tiempo *otro* (desacelerado), que permita un genuino estudio del mundo, frente a las teorías del aprendizaje, que se esfuerzan por capturarlo, por tornarlo patrimonio útil para el sujeto, desde esa lógica instrumental tan amigada con los intereses del capitalismo. Del mismo modo, va desgranando las formas y funciones que debería tener un profesor, esforzándose por esclarecer aquellas cosas a los que “su oficio le obliga” (p.123), criticando la actual tendencia de desatención de las auténticas funciones que produce el sentido de su

existencia. El saber, para Larrosa, no ha de ser pensado desde una lógica instrumental, de su aplicabilidad práctica, pues esto lo desconecta de su auténtica fuente, la *scholè*, el ocio. El profesor debe ser figura que fomente el amor al saber, que abra espacios que *den a pensar* de forma genuina y libre, más allá de las lógicas sociales predominantes. Y para el logro de un cometido tal es irrenunciable la separación de la escuela, esto es, la creación de un espacio, un tiempo y unos procedimientos distintos al resto de parcelas de la vida.

El libro constituye un ejercicio de escritura de una infrecuente (y reparadora) libertad epistemológica radical en el contexto académico. Una libertad que late en una prosa comprometida, generosa, erudita; una libertad que cabalga en el eclecticismo de las fuentes que nutren el texto, procedentes de géneros y ámbitos disciplinares diversos. El libro ofrece una variada gama de reflexiones, narradas en primera persona, asentadas en relatos vivenciales, testimonios sobre seminarios, fragmentos de poemas, novelas, ensayos, cartas cruzadas, configurando un auténtico cofre del tesoro para el lector curioso. Larrosa comparte sus fuentes inspiración, los acicates de su pensamiento, tejiendo un relato intersubjetivo, enraizado en la conversación con *los otros* sobre el mundo, partiendo de lo que él llama, evocadoramente, “el efecto escalera”.

Con su crítica profunda y bien cimentada, erigida sobre grandes pensadores y pensadoras, Larrosa va seduciendo progresivamente a quien lee, va encandilando y activando el pensamiento crítico hasta dejarnos para siempre contaminados de dudas sobre aquellos discursos biensonantes sobre la necesaria renovación de la escuela, que con triste frecuencia abrazamos tan acríticamente y tan convencidos de hallarnos “en el buen camino”, sin reparar apenas en que podemos estar cayendo en las oscuras y disfrazadas fuerzas del “capitalismo cognitivo” anunciado por Larrosa.

El libro, a través de su multiplicidad de ejemplos, relatos de conversaciones, transcripciones epistolares, citas de grandes autoras y autores, nos hace evocar a aquellos profesores que tuvimos, los buenos y los malos, también los regulares. Frente a la habitual e irreflexiva tendencia a calificar a todo lo relacionado con la escuela como necesariamente anquilosado, obsoleto, encorsetado, el libro nos reta a recordar (desde su raíz etimológica: volver a pasar por el corazón) a todos aquellos docentes con los que tenemos una deuda impagable. A los malos, por enseñarnos que el mundo no es justo y que hay que aprender a pelear por lo que merece la pena, ese gran valor de la auto-afirmación, de construirse frente al otro; a los buenos, por mostrarnos pedazos de mundo que de otro modo nunca hubiéramos descubierto: ni en el centro comercial, ni en la familia, ni en el patio del recreo. Porque, como bien defiende esta obra, se aprende en todas partes, pero no en todas partes se aprende a *estudiar*.

**Belén Massó Guijarro**

**Universidad de Granada**

[belenmasso@ugr.es](mailto:belenmasso@ugr.es)